

— Aquí están.

— ¡Impermeables de papel!

— Sí, hijo mío; el papel chino y japonés no se parece al nuestro. Mirad qué fuerte, flexible y suave es éste. Dense prisa y envuélvanse en él antes que la lluvia los haga sopas.

Ambos jóvenes obedecieron en medio de grandes carcajadas y hecho esto echaron á andar camino de Yokohama por un verdadero diluvio.

Cuando Miguel y Pedro salieron una hora más tarde de sus envolturas estaban tan secos, según la expresión del último, como si los hubiese cogido el aguacero metidos en un armario.

Durante la comida se volvió á hablar del *papel chino ó japonés*, que viene á ser casi igual.

— Ya me había admirado, dijo Pedro, de ver en las casas tabiques de papel; pero más extraordinario me parece esto de servirse del papel como de un paraguas.

— Aquí se emplea el papel en mil cosas, le respondió el Sr. Larcher, para hacer pañuelos, servilletas, toallas, alfombras y cortinas; con él fabrican telas que parecen de seda é imitan el cuero, dándole tal fuerza de resistencia que sirve para fabricar correas de transmisión destinadas á las máquinas de vapor.

— ¿Con qué hacen un papel tan sólido? preguntó Miguel.

— El de escribir, que es muy delicado y hermoso, se fabrica con *paja de arroz*; pero el que acabo de mencionar se extrae de una planta llamada *papiro* y que abunda en las orillas de los arroyos. En otra época se daba en las márgenes del Nilo y sus hojas, sometidas á cierta preparación, constituían el *papiro* de los antiguos. Sus fibras son muy resistentes y como no se las desagrega completamente en el

trabajo preparatorio á que se las somete, el papel tiene la solidez que tanto les admira.

— Lo que se me figura, exclamó Pedro, que las casas de aquí deben arder bien cuando se queman.

— Ya lo creo; los incendios son terribles y por esto se toman contra ellos grandes precauciones. Así y todo, toman á veces proporciones gigantescas. Hace unos veinte años ardió la ciudad entera de Yokohama. Pues bien, al día siguiente los japoneses, considerando sin duda que de lamentarse y gemir no se saca nada, empezaban á reconstruirla y en tres meses no quedaron ni rastros del fuego. ¿Saben Vds. cómo edifican?

— Como en todas partes, empezando por los cimientos.

— No señor. Empiezan por el techo. Lo colocan en tierra y después lo levantan sobre cuatro puntales; hunden éstos en el suelo, hacen los pisos y metiendo luego en ranuras dispuestas de antemano los bastidores forrados de papel, queda construída la casa.

CXII. — LA TELEGRAFÍA SUBMARINA.

Los japoneses conocen, como los europeos antiguos y modernos, el uso de las *aguas minerales naturales* para la curación de las enfermedades, y en su país disfrutaban de gran reputación varias *estaciones balnearias*.

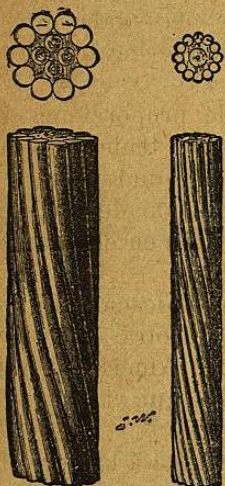
Una de ellas está situada en *Mionoska*, región montañosa que se encuentra casi al pie del *Fusi-Yama*.

Los médicos de Yokohama recomendaron que Pedro tomara esos baños y la señora de Vega, fué á instalarse en dicho punto hasta fines del verano.

Antes dirigió á su marido un telegrama.

Miguel recibió encargo de ir á llevar el despacho á la oficina de telégrafos. Pedro le acompañaba.

— Comprendo el telégrafo *por tierra*, dijo el españolito. Me han explicado que una máquina de esa clase está compuesta de dos partes principales, el *transmisor* y el *receptor*, puestos en comunicación por esos alambres metálicos que se ven á lo largo de los caminos y de los ferrocarriles, sostenidos por postes. Cuando se imprime un movimiento cualquiera á ciertas piezas del *transmisor*, ese movimiento



Cables telegráfcos submarinos.

se comunica en seguida al *receptor*, sea cual fuere la longitud del alambre; pero en el mar no pueden colocarse hilos porque no sería dado plantar allí postes para sostenerlos.

— Esos hilos no están en la superficie del mar, sino en su fondo.

— ¡Se romperán de seguro, pues son tan delgados!

— Voy á decirle lo que hace algún tiempo leí respecto del particular.

Esos alambres se reúnen en gran número hasta formar un *cable*, que se compone primeramente de un hilo *conductor*, ó *alma*, formado por varios alam-

bres y protegido por una cubierta de *gutapercha* ó *goma elástica*, encima de la cual se dispone una *armadura* de hilos de hierro, á fin de que las rocas que en ciertas partes erizan el fondo del mar no puedan romperlo. Sobre la armadura se coloca una capa de sustancias impermeables, de modo que el agua no moje el metal.

Antes de lograr tender cables submarinos, se hicieron algunas tentativas infructuosas.

El primer ensayo se llevó á cabo el año de 1850, entre Dover y Calais; pero salió mal, pues el cable se rompió á las pocas horas. Al año siguiente se repitió la operación con un cable más fuerte y el éxito fué satisfactorio.

Entonces se pensó en unir por medio de cables puntos más distantes entre sí que Calais y Dover: Inglaterra con Irlanda, con Holanda y Bélgica; después se pensó en atravesar el Océano Atlántico.

Lo primero que para esto se necesitaba era un buque bastante grande, á fin de que llevara en sus bodegas el cable entero.

Al efecto se construyó uno de proporciones inmensas, llamado *Great-Eastern*, que tenía ocho máquinas de vapor. El público del mundo entero lo apellidó *Leviatán*. El cable iba siendo desarrollado por una máquina, á medida que caía en el fondo del mar.

De este modo quedaron en comunicación Europa y América. Á esta tentativa siguió otra, la colocación de un cable submarino entre América y Asia, á través del Océano Pacífico; es el que va de aquí á San Francisco.

— ¿De modo que ahora dan vuelta á la tierra los cables telegráficos?

— Sí, con mil ramificaciones que se extienden á todas partes, como una inmensa red de mallas más ó menos compactas, tanto que es fácil saber en un punto del planeta lo que pasa en el opuesto casi instantáneamente.

— Y que un niño separado de su padre por trescientas ó cuatrocientas leguas, pensó Pedro, puede tener noticias suyas y decirle que siempre piensa en él.

CXIII. — EL ABORDAJE.

Como el Sr. Vega aprobó la idea de que su familia tomara las aguas de *Mionoska*, la buena madre fué á instalarse en este punto con Pedro y Miguel, para permanecer allí hasta fines de Septiembre. Su marido debía estar en Nagasaki el 10 de Octubre, para llevarlos á Shang-hai y Manila.

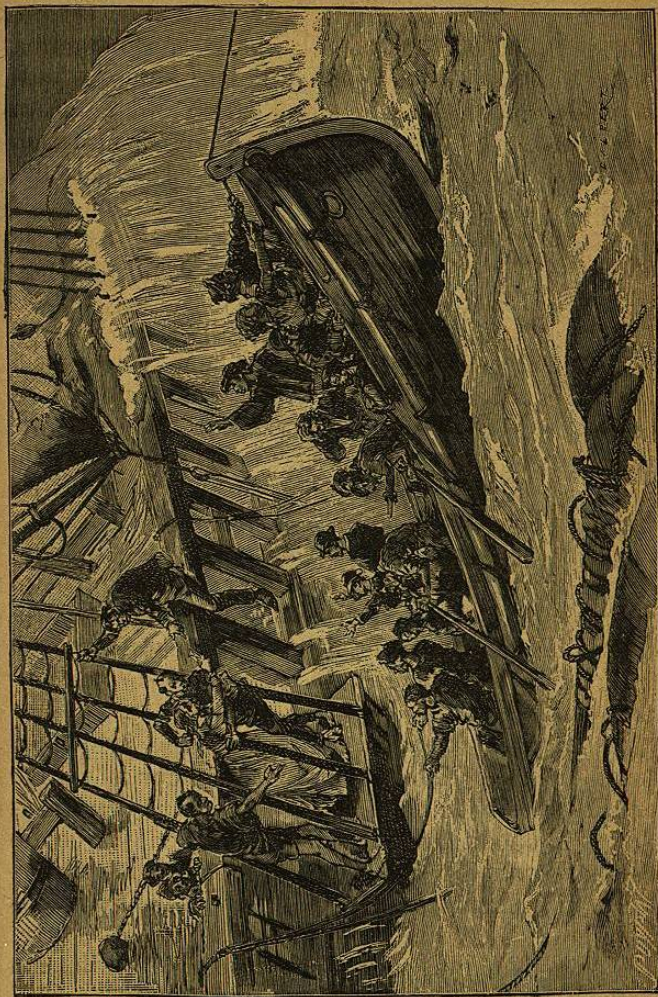
Así fué que no queriendo llegar con retraso, la señora de Vega se embarcó el 3 en un pequeño buque japonés, el *Kisso-Marú*, para ir al punto de cita.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone. El tiempo, que parecía bastante bueno al hacerse á la vela, cambió durante la noche, y á la mañana siguiente se vió el barco envuelto en densa niebla, que impedía por completo ver más allá de la punta del bauprés. Los fuegos seguían encendidos pero no lograban vencer con sus rayos tan denso velo.

Pedro y su madre no habían salido de su camarote pero Miguel estaba ya sobre cubierta, envuelto en una manta. Su mirada permanecía fija en la extremidad del barco, como si hubiese esperado que se rompiera el cortinaje; pero en vez de esto, aumentaba por segundos.

Así permanecía hacía ya algún tiempo, cuando de pronto salió de la bruma una masa oscuriza y cayó con rapidez vertiginosa sobre la proa del *Kisso-Marú*. El choque fué terrible y el pequeño barco dió espantoso crujido. Era que otro barco lo había *abordado*. El tumulto que siguió fué indescriptible. Los pasajeros salieron de sus cámaras á medio vestirse, lanzando lamentos y gritos de espanto que hacían casi imposible oír la voz del capitán y de su segundo.

Miguel corrió al camarote de la Sra. de Vega y al



El abordaje.

de Pedro, y juntos todos volvieron sobre cubierta, dispuestos á abandonar el buque si era necesario.

El joven se esforzaba en tranquilizarlos y darles ánimo. Entretanto, el capitán procuraba darse cuenta de las averías. Estas habían sido muy serias, y pronto se vió que el *Kisso-Marú* hacía agua y que sus horas, sus minutos tal vez estaban contados.

Quedaba una esperanza. Aunque no se había hecho más que entrever el barco causa de la catástrofe, se había tenido tiempo para observar que era más grande que su víctima. Era pues probable que resistió al choque y que estaba en las cercanías procurando encontrar á los náufragos. No era posible que se hubiese alejado sin preocuparse de ellos. La campana del *Kisso-Marú* empezó entonces á llamar, y además se tocaron los gongs y se dispararon cohetes. Sin embargo, no se obtuvo contestación ninguna.

Pronto fué evidente que el barco abordante, lejos de procurar disminuir los daños del choque, huía en medio de la bruma, como el malhechor que acaba de cometer un crimen y que aprovecha las sombras de la noche para escapar del merecido castigo.

Al convencerse de esto, los pasajeros prorrumpieron en gritos de ira y de indignación, que se confundían con los lamentos. ¿Era posible que hubiese hombres bastante inhumanos para abandonar en tan gran peligro á los que se encontraban en él por culpa de la fatalidad? ¿Qué cobardía, qué abominación!

Pero los lamentos eran inútiles. Cuando el capitán vió que no podía esperar socorro, mandó echar las lanchas. Después de todo no estaban lejos de la costa y era probable que llegarían á ella sin dificultad.

En los preparativos del salvamento estaban,

cuando apareció en el horizonte, ya más claro, otro navío. No tardó en aproximarse, y en ostentar ante la vista de los náufragos el pabellón estrellado de la Unión norte-americana. El capitán japonés le expuso, valiéndose de las acostumbradas señales, la situación en que estaba, y le preguntó si podía hacerse cargo de sus pasajeros. En cuanto á él y á sus marineros, no les asustaba un viaje de dos ó tres días en bote, pero pensó cuerdamente que los viajeros no verían las cosas del mismo modo, y sobre todo la señora española á causa de su hijo. El americano contestó que no podía separarse de su derrotero, pero que llevaría á San Francisco á quienes lo desearan, con tal que no le hicieran perder tiempo, efectuando el transbordo en seguida.

¡ Ir á San Francisco cuando lo esperan á uno en Nagasaki ! ¿ Cómo pensar en semejante cosa ? Sin embargo, había que resolverse. Cuando la Sra. de Vega vió flotando en el mar una de las chalupas y pensó que era preciso confiar la vida de su hijo y la suya propia á aquella cáscara de nuez, no vaciló un momento más. Después de todo, era preferible andar tres mil leguas más que exponerse á morir. Para volver á la costa del Japón se necesitaban tres días en las lanchas, y la Sra. de Vega no quiso correr tal peligro. Apresuróse, pues, á escribir dos letras á su marido en una página de su cartera de bolsillo, encargando al capitán que se las enviase, y después se embarcó en el bote del buque americano cuando la línea de flotación del *Kisso-Marú* había desaparecido ya debajo de la superficie del mar.

Otros pasajeros hicieron lo mismo ; pero la mayor parte, que eran negociantes cuyos asuntos exigían imperiosamente su presencia en el Japón, prefirieron embarcarse en las chalupas del buque náufrago.

Digamos sin más tardar que la Sra. de Vega pro-

cedió cuerdamente al hacer lo que hizo, pues si bien una de las lanchas del *Kisso-Marú* llegó sana y salva á Yokohama, la otra fué arrastrada hacia el norte, hasta el mar de Okotsk; estos infortunados no pudieron volver al Japón sino después de mucho tiempo y grandes angustias.

CXIV. — LA REINA DEL PACÍFICO.

Diez y ocho días más tarde entraba el *Sacramento* por la *Puerta de Oro*.

Se da este nombre al paso que conduce desde el Pacífico á la *bahía de San Francisco*. Ésta forma una especie de lago interior, que se encuentra separado del Océano por una banda de terreno, en que se encuentra la ciudad; así es que el puerto, que se abre en dirección de la bahía, es de los más abrigados y seguros.

El aspecto del paso, que ostenta á uno y otro lado sus rocas peladas, no corresponde al pomposo nombre de *Puerta de Oro*; pero lo merece por la prodigiosa cantidad de buques que lo atraviesan y hacen afluir la riqueza á San Francisco y desde allí á los Estados Unidos.

Puede suponerse que el primer cuidado de la Sra. de Vega fué telegrafiar á su marido para anunciarle la feliz travesía. Este contestó dándole la enhorabuena y expresando su alegría al saber que ella, su hijo y Miguel estaban en salvo. Además, le enviaba un *mandato telegráfico*, á fin de que pudiera cobrar en casa de un banquero determinado, la suma necesaria para pagar su pasaje en el barco americano que los había recogido, y el que debía llevarlos de nuevo á Shang-hai donde los esperaba. Le decía por último que descansara antes de emprender el nuevo viaje.

Un *mandato telegráfico* es un aviso, enviado por telégrafo, anunciando á una persona que puede cobrar en tal ó cual casa de una ciudad una suma entregada á un banquero ó establecimiento de crédito de otra. Así, el Sr. Vega, que esperaba de Sang-hai á su mujer y su hijo, depositó la cantidad en manos de un comerciante de allí y su mujer la cobró en San Francisco. El giro telegráfico es muy cómodo, pero también muy caro.

La Señora encargó á Miguel que se enterase de los barcos que debían salir para China. Uno de ellos se iba al día siguiente; otro debía tardar ocho más. La buena madre se decidió á tomar el último, conforme á las indicaciones de su marido, para dejar que Pedro se repusiese, y ella también, de las terribles emociones de la anterior travesía.

Á Miguel le pareció que la *Reina del Pacífico*, según la llaman pomposamente sus habitantes, ó *Frisco*, como también dicen familiarmente, se parecía mucho á Melbourne. Esas ciudades, como la mayor parte de las de América y de Australia, no han empezado por ser, á la manera que las de Europa, pequeños caseríos que han aumentado poco á poco; es posible decir que han nacido en un día. Allí no hay calles estrechas y tortuosas, trazadas en una época en que era necesario estar cerca para defenderse, y que luego ha costado mucho trabajo ensanchar y enderezar, sino terrenos desnudos, abiertos al capricho de los constructores. Esto es causa de que las calles de las ciudades americanas sean rectas y anchas y fácil la circulación por ellas. Las de *San Francisco* ostentan además hermosas casas, verdaderos palacios algunas, y tranvías de vapor que la cruzan constantemente.

San Francisco y *Melbourne* deben su crecimiento á circunstancias análogas, esto es, á la presencia de minas de oro en sus cercanías. Pero la fortuna de la ciudad americana fué más rápida y extraordinaria aún que la de la población australiana, porque en California no se necesitaba mover la tierra para

encontrar oro en los primeros tiempos; bastaba recogerlo á flor de tierra en las madres secas de los ríos, que se llamaban *placers*.

Las fondas ú hoteles de San Francisco son notabilísimas; hay algunas que pueden albergar hasta mil doscientos viajeros, y están arreglados de tal modo que con tocar un timbre se obtiene agua, fuego, luz y cuantos objetos se pueden necesitar.

— ¡Cuánto chino, cuánto chinito! decía Pedro, repitiendo en San Francisco lo que había manifestado en Hanoi.

En efecto, los chinos han invadido la California y amenazan con inundar los Estados Unidos, según han hecho con la Australia, la India y las islas de la Sonda.

Bien es verdad que allí también se muestran trabajadores incansables, y que sin ellos no habría sido fácil construir las líneas de caminos de hierro que atraviesan los Estados Unidos, reuniendo el Atlántico con el Pacífico.

CXV. — NUEVA SEPARACIÓN.

Ha llegado la hora de partir. El *Colorado*, hermoso vapor americano, que se dirige á China y á Manila cuenta entre sus pasajeros á la Sra. de Vega y su hijo. La separación es penosa, pues en los seis meses que nuestros tres amigos llevaban juntos, se habían cobrado afecto y estimación recíproca. Miguel tomó mucho cariño á Pedro y la madre de éste se interesó mucho por el joven argelino desde el momento en que conoció su historia y sus desgracias. Como madre que era, cobró maternal ternura hacia el pobre huérfano abandonado en circunstancias tan lamentables. Hubiera querido llevarlo á Manila, y hasta le hizo la indicación; pero sin

insistir, por comprender que Miguel prefería quedarse en América. Se contentó, pues, con desearle buena suerte, abrazarlo como á un hijo y entregarle cuatrocientos pesos en oro, como testimonio de gratitud por los servicios que les había prestado.

La razón de que Miguel no aceptase el ofrecimiento de la Sra. de Vega fué su deseo de tener noticias de su hermanita y el de no alejarse más de ella. Es verdad que San Francisco distaba de Argelia tanto como Manila; pero las comunicaciones eran más fáciles y podía hacer el viaje en tres semanas, mientras que desde las Filipinas necesitaba cinco.

Hacia tres años que no sabía de su hermanita, á pesar de sus grandes deseos. Las circunstancias no habían sido á propósito para ponerse en comunicación con su familia.

Cuando convino en Dakar en ir con el Sr. Dulaure, se apresuró á escribir á su hermanita ó, mejor dicho, á los abuelos de la niña que la educaban, para decirles que estaba vivo aún y darles cuenta de los sucesos que lo habían llevado al Senegal; pero no sabía adónde decir que le contestasen.

Consultó al Sr. Dulaure, y éste le aconsejó que diese como señas su casa de Burdeos, pues allí sabían siempre por donde él andaba y podrían remitírsela.

Miguel siguió el consejo; pero el lector recuerda cómo se separó del Sr. Dulaure en San Pablo de Loanda. También se tendrá presente que estuvo demasiado poco en esta ciudad para intentar establecer correspondencia. En el Cabo pensaba embarcarse para Francia; era, por tanto, inútil escribir. Quedaba el telégrafo, pero como nunca lo había empleado, no se le ocurrió servirse de él. Resumiendo, hasta que se vió en Bombay y que pudo creerse instalado allí por algún tiempo, no hizo

ninguna tentativa más. Entonces escribió á los abuelos de Lucía; pero se marchó antes de que llegara la respuesta á su carta.

Otra misiva, expedida del Japón, no tuvo contestación, tal vez porque ésta llegó á Mionoska ó á Yokohama, como las anteriores á Burdeos y Bombay, después de su salida. De todos modos, lo primero que hizo al quedarse en América fué escribir de nuevo á los abuelos de Lucía, rogándoles pronta respuesta dirigida á San Francisco.

No quería prolongar más tiempo la dolorosa incertidumbre en que vivía respecto de su hermana, única persona que constituía por desgracia su familia.

Entretanto empezó á buscar ocupación. Primero entró en una fábrica de papel; pero la manufactura ardió y se quedó de nuevo en la calle. Entonces entró en casa de un productor de aguardiente, luego en una imprenta de periódicos, después en casa de un comerciante en granos, que traficaba mucho con la América Central, y cuyo padre fué uno de los primeros en atravesar el continente americano para establecerse en California; pero los negocios iban mal y todos los empleados fueron despedidos.

CXVI. — LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS. — EL FAR-WEST. — LOS COLONOS.

La república americana de los Estados Unidos, que ocupa la mayor parte de la *América del Norte* y que cuenta ciudades tan importantes como *Nueva York*, *Filadelfia*, *Boston*, *Cincinnati*, *San Luis*, *Chicago*, *San Francisco*, no tiene más de un siglo de existencia. En otro tiempo este inmenso continente no tenía más habitantes que *indios salvajes*, los *pieles rojas* (nombre que debían al color de su

piel), entre los cuales se distinguían los *síux*, los *iroqueses*, los *huronos* y los *mohicanos*.

En la época de *Jacobo I*, rey de Inglaterra, esto es, á principios del siglo XVII, fueron á establecerse en la costa atlántica de América unos mercaderes ingleses, fundando allí varias colonias. Estas aumentaron y prosperaron de tal modo que ciento cincuenta años más tarde quisieron separarse de su metrópoli la Gran Bretaña y gobernarse por sí mismas. Alzáronse en armas y nombraron general de su ejército á *Jorge Wáshington*.

Esta lucha, llamada de la independencia, fué larga y encarnizada. *Franklin*, uno de los hombres más notables del partido americano, marchó como diputado á Francia para solicitar el apoyo del rey *Luis XVI* en favor de sus compatriotas. Este soberano lo concedió, pero ya *Lafayette*, *Rochambeau*, *Segur*, los dos *Lameth* y otros muchos nobles y oficiales franceses habían ocurrido á sostener la causa americana. Poco después, los almirantes de Luis XVI, el *bailío de Suffren*, *D'Estaing* y *Lamothe-Piquet* alcanzaron victorias navales sobre las escuadras inglesas. La Gran Bretaña tuvo que hacer la paz, que se firmó en Versalles el año de 1783. Todos los gobiernos, incluso el de Londres, reconocieron entonces la existencia independiente de los Estados Unidos.

La nueva república empezó á crecer inmediatamente de modo extraordinario. Multitud de europeos fueron á ella á buscar fortuna, y la población sintiéndose pronto demasiado estrecha en las provincias del este, se extendió en dirección del *Far-West* (lejano occidente), disputando el terreno á los indios que lo ocupaban y derribando bosques enteros para edificar granjas y aldeas que no tardaban en convertirse en ciudades.

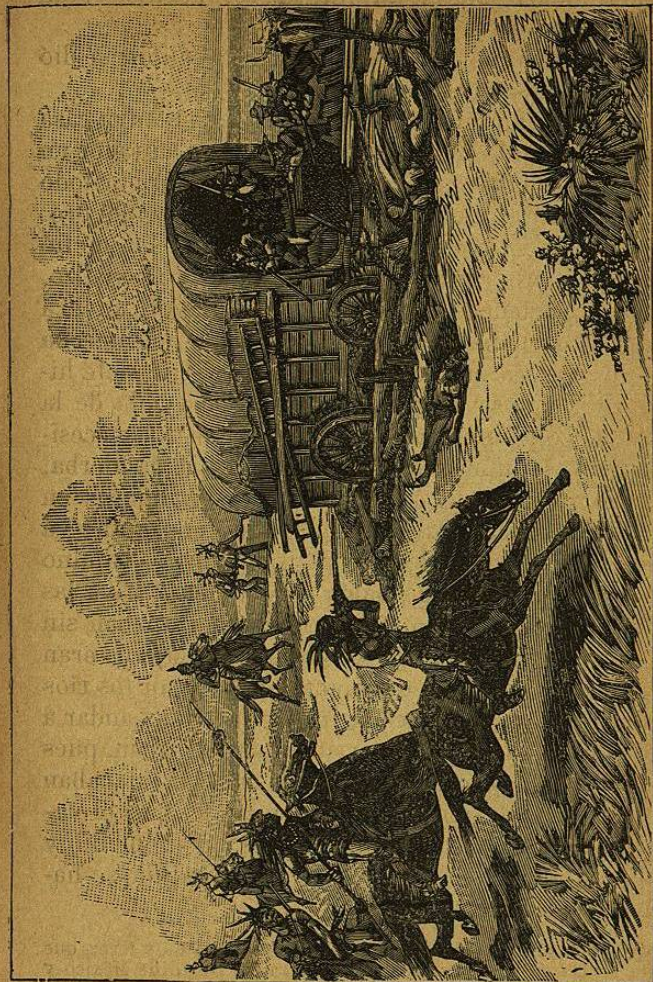
Esos atrevidos aventureros que penetraban de este modo en países nuevos y desconocidos eran llamados *pioners*.

El descubrimiento de las minas de California dió nuevo impulso á este movimiento.

Precisamente el padre del mercader en cuya casa estuvo empleado últimamente Miguel era labrador en las orillas del *Mississippi* cuando se extendió por todo el continente la noticia del descubrimiento del oro. Inmediatamente reunió cuanto poseía, lo metió en un inmenso carro, verdadero castillo movedido, capaz de sostener un sitio contra los indios, unció á él sus ocho pares de bueyes, y se puso en marcha con su mujer, sus cuatro hermanos y sus siete hijos, dirigiéndose siempre al oeste con ayuda de la brújula, como un marino en el océano. Ya necesitaba atravesar inmensas llanuras cubiertas de hierba, á que los franceses, que fueron los primeros en verlas, llamaban *praderas*, que aun conservan; ya espesos bosques en donde precisaba abrirse camino con el hacha y donde había que tener á raya las *hienas*, *chacales* y *coyotes*. De noche acampaban sin más abrigo que el carro. Los infelices viajeros eran detenidos en ocasiones semanas enteras por los ríos fuera de madre, y casi cada día se necesitaba andar á tiros con los indios cuyo territorio atravesaban, pues éstos, llenos de ira al ver que los desposeían, atacaban á los americanos siempre que era factible, mas el valor de éstos no se desmintió ni por un momento y siguieron andando en busca del objetivo que se habían propuesto.

Coyote ó lobo de las praderas — Especie de lobo muy feroz, que habita en las grandes llanuras de América del Norte de México y que lanza singulares aullidos.

Al cabo de cuatro meses de esas terribles pruebas llegaron á las *Montañas Roqueñas*, gran cordillera



Ataque de indios

de montañas que se extiende de norte á sur del continente americano y que lo divide en dos partes de anchura muy diversa. Allí aumentaron las dificultades; pero nada pudo detener á aquella atrevida gente ni impedirles que siguiesen su camino: *to go ahead*, como dicen los ingleses. Bien es verdad que cuando alcanzaron las ricas llanuras de California estaba muy disminuída la banda; dos de los hermanos de Smith habían muerto, uno luchando con los indios y otro por efecto del cansancio, de las privaciones y miserias del viaje. También perecieron dos de los niños.

Por la misma época, más de veinte mil personas de todas clases abandonaron también el centro y el este de América para recorrer en tan difíciles condiciones las ocho ó novecientas leguas que las separaban de California é ir en busca de oro. Muchos de ellos dejaron sus huesos en el camino, sin ver tampoco los países que desde tan lejos iban á buscar.

El labrador Smith llevó consigo por lo que pudiera ocurrir parte de sus instrumentos de cultivo, y además le quedaron algunos sacos de trigo de sus provisiones de viaje. Establecióse, pues, cerca de San Francisco y se puso de nuevo á trabajar la tierra. Las que abandonó á orillas del Mississipi eran muy productivas, pero no había modo de compararlas con la fertilidad de las regiones que baña el *Sacramento*, río de California.

Su nueva propiedad le dió cien sacos de trigo por cada uno que sembró. Es más, parte del terreno le prodigó al año siguiente otra cosecha sin que fuera necesario hacer nuevas sementeras. Al mismo tiempo que cultivaba la tierra, construyó un molino, que le sirvió para hacer harina y alimentar á multitud de colonos.

El trigo no es lo único que se da bien en Califor-

nia. Lo mismo ocurre con todas las producciones. En esta región, que hace medio siglo no poseía sino animales salvajes, se multiplicaron con sorprendente rapidez los bueyes, caballos y carneros. Las vides son excelentes y producen buenos vinos; y también abundan allí las maderas de construcción.

Se comprende sin dificultad que en un país donde faltaba todo y que se poblaba rápidamente vendiera Smith sus productos á peso de oro. En efecto, el labrador hizo fortuna colosal. Por desgracia, no contento con sus riquezas, quiso especular y se arruinó aún más rápidamente de lo que se había enriquecido. Su hijo recobró lo perdido, pero cayó otra vez; luego volvió á ganar sumas inmensas y así siguió, subiendo y bajando como la ola, un día manejando millones y seis meses después viviendo de prestado.

Miguel lo conoció en uno de los momentos desgraciados: una baja en los artículos que vendía le arruinó de un golpe.

Nuestro amigo tuvo en consecuencia que buscar otra ocupación.

CXVII. — NOTICIAS DE ARGELIA.

Un mes ó dos antes de este acontecimiento recibí al fin las noticias que con tanta impaciencia esperaba.

Era una carta de la abuela de Lucía; héla aquí:

« Querido Miguel.

» Veo que mi última carta, dirigida al Japón, no ha llegado á sus manos, como tampoco otras dos anteriores, que fueron según Vd. encargaba, á Burdeos y Bombay. Comprendo cuán inquieto debe estar sin saber de su hermanita. Empezaré por de-